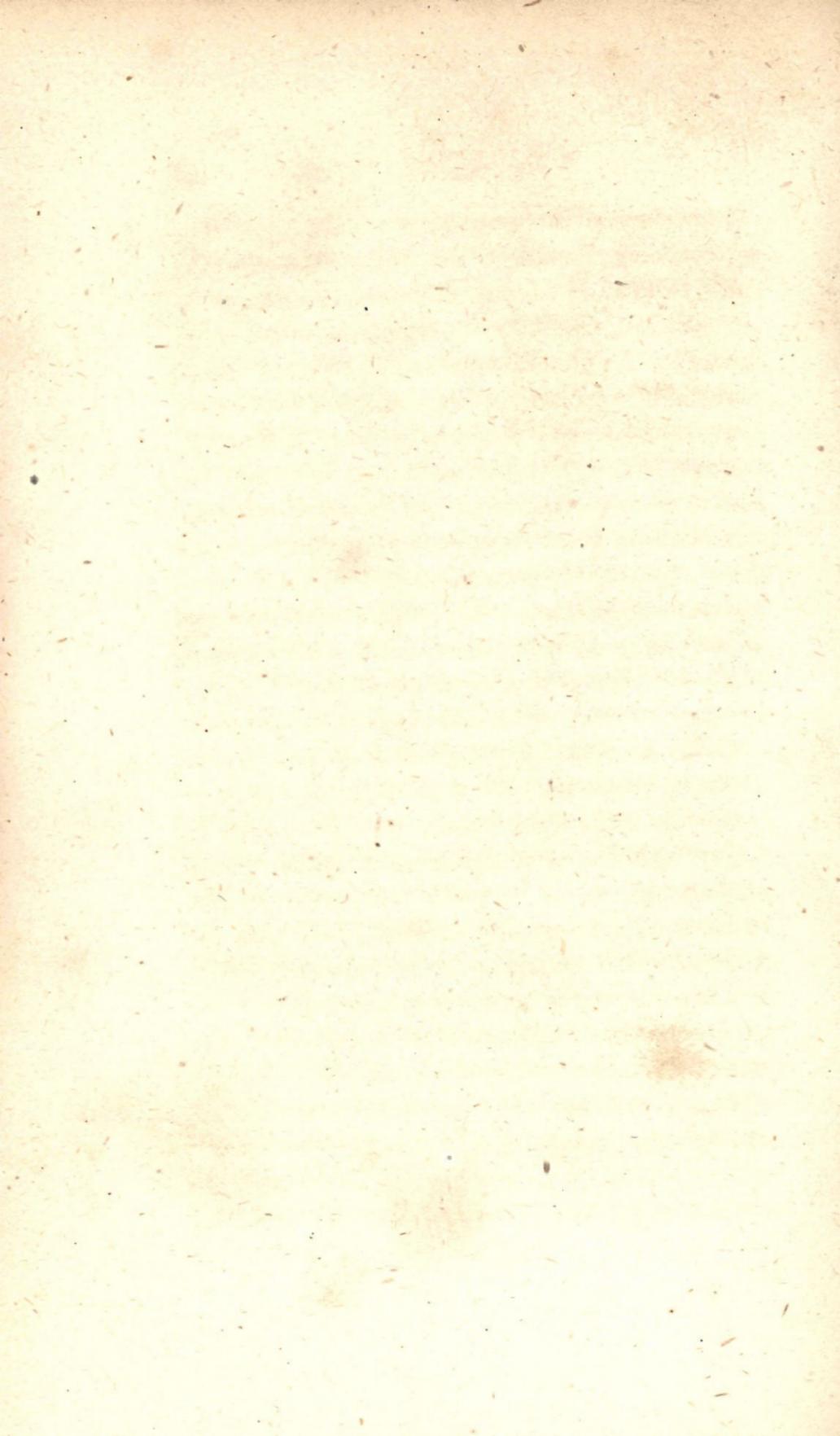




D. ALFONSO V. DE PORTUGAL (EL AFRICANO).



caballo, y nosotros á cada uno de nuestros criados una armadura de anillo, llamada *vri-gendien*. Ordenóse tambien que se encaminase allá mucha gente de la córte y de otros lugares. Embarcámonos todos y pronto pasamos de Portugal al Africa, porque el mar en esos parajes es estrecho, y por la noche, cuando llegamos á la gran ciudad de Ceuta, se habia reunido mucha gente armada con gran tumulto, llegando muchos mensajeros con la noticia de que los moros, con numerosas fuerzas, se acercaban á ella. Pero si bien durante todo el dia y toda la noche se vieron y se oyeron pasar por delante de la ciudad diversos destacamentos, no estaba, sin embargo, entre ellos el principal y el más poderoso. Al cuarto dia, cuando el gobernador y capitán general habia puesto las fortificaciones de la plaza en estado de defensa y distribuido entre los soldados los cuarteles ó barrios de la misma, se me encomendó la guarda de uno de esos barrios ó cuarteles, y se pusieron á mis órdenes muchos soldados y hombres distinguidos, entre los cuales abundaban quienes comprendian y hablaban el idioma de la baja Alemania. Dispúsose tambien que cada uno de los capitanes y subalternos izase un estandarte con sus armas en el distrito en que mandára, lo cual hice yo como los demas. Pero al

cuarto dia, como ántes he dicho, el capitan general me suplicó, así como á mi compañero, que con otros guerreros entendidos nos hiciésemos á la vela, para espiar y averiguar desde la mar las fuerzas mahometanas, que habia acampadas á la orilla. Hicimoslo así, y nos acercamos cuanto pudimos al campamento mahometano, y vimos tal muchedumbre innumerable de gentes, á pié y á caballo, que si bien no era posible contarlos, debian ascender á unos 20.000 hombres, entónces se acordó numerar las tiendas, si se podia; porque conociendo las costumbres de los moros, por ellas se podria deducir más aproximadamente sus fuerzas. Habiendo averiguado que sumaban todas sobre diez mil, era evidente que habia allí una muchedumbre innumerable. Cumplimos nuestra comision, resueltos á permanecer en la ciudad á muerte ó á vida aunque viniesen sobre nosotros todos los moros del mundo. Regresamos, pues, á ella y acordamos ir á la iglesia por la mañana temprano, llevando cada uno sus soldados. La iglesia, hoy consagrada al culto cristiano, y bella, fué en otro tiempo una suntuosa mezquita mahometana. En ella quisimos recibir el Santo Sacramento, y así lo hicimos la mayor parte. Conviene saber que Ceuta es una gran ciudad, cuyas tres partes están cercadas

de tierra, y la cuarta de mar, y á mi parecer es mayor que Colonia; hácia la parte de tierra hay hoyos que son sepulcros abandonados; en ella se levanta tambien una alta ciudadela con algunas torres, por su parte inferior tiene aspilleras y almenas por la superior, alrededor de la ciudad una muralla de circunvalacion. Preparóse, pues, muy bien la ciudadela con las torres y se distribuyó y organizó su defensa, porque era de la mayor importancia. El capitán, con un destacamento de caballos ligeros y no escaso número de infantes escogidos, salió á recorrer el espacio comprendido entre la ciudadela y el muro de circunvalacion, para acordar las medidas necesarias del momento, como felizmente se hizo.

Pero cuando estábamos todavía en la iglesia, como he indicado ántes, á la salida del sol, los que defendian las torres más altas dieron grandes voces, anunciándonos que acudian los moros en gran fuerza. Todos corrieron entónces á las armas. Vimos á los moros dirigirse á una montaña situada delante de la ciudad, cubriéndola en toda su extension. Disparámosles piedras con nuestras máquinas con bastante acierto. Se retiraron entónces hácia los sepulcros, y tenian muchos tiradores con arcos y con ballestas y otras armas de la misma especie, largas y extrañas. Esos mismos, con

algunas catapultas, nos tiraron todo el dia, en el momento en que divisaban alguno; y el tiempo en que se ocupaban en esto nos resguardábamos, como es natural, de ellos. Tenian tambien muchos timbales grandes y pequeños y clarines muy extraños é innumerables banderas y estandartes. Así pasamos el dia, y murieron muchos moros, si bien nosotros sufrimos bastante daño, porque los moros se acercaban, guareciéndose de los sepulcros cuanto podian. Pero la noche fué aún más intranquila, porque abrieron trincheras, y tenian largas escalas con garfios, escudos y armas ofensivas y defensivas.

Cuando el Rey de Portugal tuvo noticia de ese porfiado asedio, se encaminó con todas sus fuerzas hácia Ceuta, con el propósito de atacar á los moros en sus trincheras, pues no era posible trabar batalla con ellos en otra forma. Cuando los enemigos lo supieron nos asaltaron por tres dias consecutivos, peleándose por ambas partes hasta la noche. Mucho se trabajó y se sufrió entónces por ambas partes, y aunque innumerables moros fueron rechazados y muertos, ocupaban las cercanías de la ciudad en los sepuleros y alrededor de las murallas. Sucedió muchas veces que los cristianos perdieron sus puestos, y no sabemos lo que hubiese sucedido, si el capitán con su gente de á pié y de á caba-

llo, como se ha dicho ántes, sin descansar un momento, no se hubiese presentado en los momentos oportunos. Al dia tercero, como se ha referido, despues de asaltarnos con tanta furia y de haber perdido mucha gente, desmayaron, dejándonos y alejándose. Entónces nosotros, con unos cuatrocientos caballos y mil infantes escogidos, decidimos perseguirlos y aprovecharnos de su huida, pero muchas veces se revolvieron y pelearon con nosotros, hasta que nos apoderamos de uno de los cerros; pero los moros se habian posesionado de otro, y entre ellos y nosotros habia un hermoso valle. Hácia la tarde vinieron algunos de los nuestros y nos dijeron que un moro de los más esforzados desafiaba á cualquier caballero de los cristianos á pelear con él, á igual distancia de ambos campos. Supliqué yo entónces al capitan que me diese licencia para salir á su encuentro, por estar muy bien armado y por mi natural agilidad, á pesar de la armadura; tenía ademas un corcel muy fuerte que me habia regalado el Rey. El capitan accedió á mi ruego. Entónces mandó retirar las guerrillas, que regresaron á sus puestos respectivos. Yo hice la señal de la cruz con mi lanza y me separé de los nuestros á toda prisa, dirigiéndome por el valle hácia donde estaban los moros. Cuando éstos lo observaron hicie-

ron lo mismo con sus guerrillas. Entóces nuestro capitán envió un trompeta hácia ellos, llamándolos á combate singular. Inmediatamente salió un moro, montado en un hermoso caballo berberisco, dirigiéndose hácia el valle. Yo hice lo mismo sin detenerme, y acercándome á él cuanto pude. El moro embrazó su escudo resguardándose con él, y empuñó su lanza corriendo hácia mí y dando voces. Yo hice lo mismo por mi parte; empuñé mi lanza, y cuando estuve cerca de él preparé mi acometida para herirle en el pecho, aunque él con la suya me alcanzó en uno de los costados de la armadura, y el choque fué tan fuerte que el jinete moro y el caballo cayeron en tierra. Pero su lanza se quedó clavada en mi armadura, y hasta que no pude desembarazarme de ella no me fué tampoco posible bajarme de mi caballo. El estaba ya en pié; yo saqué mi espada, él hizo lo mismo con la suya; y ambos nos atacamos asestándonos terribles golpes. El moro tenía una buena armadura, y aunque le acerté en el cuerpo, á pesar del escudo, no le hice daño alguno. El no pudo tampoco hacerme. Nos abrazamos entónces mutuamente y luchamos tanto tiempo que caímos al suelo juntos. Pero el moro era muy forzado y pudo arrancarse de mis brazos, y ambos nos levantamos quedándonos de rodillas. En-

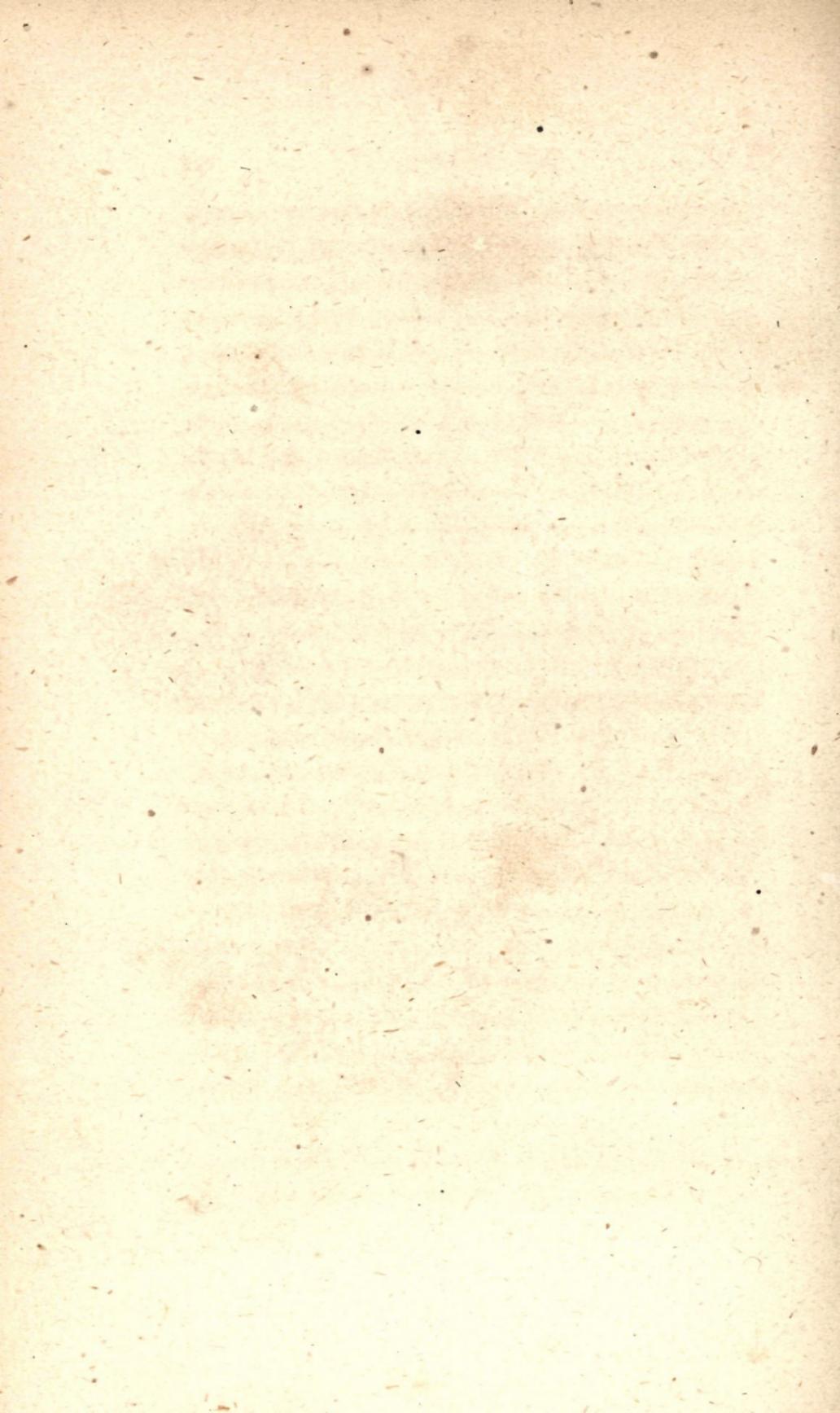
tónces yo con mi mano izquierda lo separé de mí lo bastante para poder herirlo con mi espada, como en efecto lo conseguí. Y al separarlo, se alejó tanto de mí que le herí en el rostro; y aunque el golpe no fué tan violento como debiera haber sido, observé que vacilaba y palidecía. Entónces repetí la misma herida otra vez en su rostro y lo derribé en tierra, y me abalancé á él y le corté la cabeza. Me levanté, me apoderé de su espada y corrí en busca de mi caballo. Este y el suyo estaban juntos; habia trabajado mucho todo el dia y era grande mi cansancio. Cuando los moros vieron lo que yo habia hecho, huyeron en el mayor desórden. Pero los portugueses y cristianos corrieron en busca mia, y se llevaron la cabeza del moro, se apoderaron de su lanza y lo despojaron de sus armas; Eran muy ricas y al estilo morisco, y hechas con gran maestría, muy fuertes y adornadas. Se apropiaron tambien el escudo y su caballo, y me llevaron á la presencia del capitan, que se alegró sobremanera de mi victoria, felicitándome por ella y abrazándome. En todo el ejército cristiano hubo grande entusiasmo. Aquel dia se experimentaron muchas pérdidas por ambas partes, de hombres y caballos, los unos muertos con armas blancas y á manos de los enemigos, y los otros con

armas arrojadizas. El capitan dispuso que la cabeza del moro, su caballo, su escudo y su espada fuesen llevadas delante de mí por los señores caballeros y escuderos más distinguidos. Me vi obligado á caminar á su lado, llevando esos trofeos por delante. Así atravesé con gran pompa la gran ciudad de Ceuta; los cristianos se regocijaron sobremanera, y yo tuve el gran placer, superior á todos, de no haber sufrido daño alguno. Dios omnipotente peleó, sin duda, en mi favor, porque en mis grandes apuros nunca lo olvidé. El moro era un hombre de fuerza y de robustez extraordinarias; grande fué mi suerte en que mi ingenio venciese su fortaleza. ¡Alabado sea el Señor Dios eternamente!

El capitan escribió al Rey esta hazaña, que lo regocijó sobremanera. Y pues los moros no inspiraban ya tanta inquietud, quiso el Soberano que mi compañero y yo regresásemos á su córte. Volvimos, pues, á Portugal. Fuimos recibidos por el Rey con amabilidad extraordinaria. Me regaló una copa llena de monedas portuguesas, que traje conmigo á Alemania. Mi compañero y yo estuvimos siete meses en Portugal, contando este tiempo desde que llegamos á él. Muchas otras hazañas caballerescas se llevaron á cabo entónces en Africa, despues que mi compañero y yo



D. ENRIQUE IV. DE CASTILLA.



estuvimos en ella; como ya habíamos permanecido algun tiempo en la córte del Rey, colmándonos de favores, pasamos á la de un hermano suyo, príncipe poderoso, que se llamaba el infante D. Fernando, y luégo á la de otro, hermano de ambos, que se llamaba Acoveis Kus (1), el cual, como el anterior, tenía tambien córte de príncipe. Fuimos muy obsequiados por estos dos infantes, y cuando pensamos volver á la residencia del Monarca, nos despidieron uno y otro con la mayor cortesanía.

Aconteció entónces que Enrique, Rey de España, se propuso de nuevo capitanear una gran cruzada contra el Rey moro de Granada, como la proyectada con anterioridad, cuando nos hallábamos en la capital de Francia, que no se verificó á consecuencia de cierta peste. Pedimos, pues, al Rey de Portugal que nos diese su licencia, pues deseábamos, concediéndonos el Señor la vida, y contando con su real anuencia, asistir á esa expedicion, y así lo dijimos al Rey. Accedió á nuestros deseos; fuimos á España y nos recibieron bien. Llevábamos cartas del Rey de Portugal. Buscamos al Rey para entregárselas, el cual pronto supo, sin ellas, quiénes éramos y á lo que

(1) No nos ha sido posible descifrar este nombre ni por lo tanto averiguar el sujeto á que se refiere, pues el Rey de Portugal Don Alfonso no tuvo ningun hermano que así se llamase.

veníamos. No obstante sus muchas ocupaciones en aquellos momentos y las de la corte, encargó á algunos caballeros que nos acompañasen y obsequiasen. Habíase reunido muchedumbre de caballos é infantes, por haber llegado nuevas de que el Rey de Túnez y otro de Africa habian enviado por mar al de Granada gran número de soldados de á pié y de á caballo. De aquí que el Rey de España hubiese reunido 70.000 buenos combatientes, número, á la verdad, nunca visto por ningun otro cristiano. Acompañábanle los caballeros de Santiago, con fuerzas considerables. Los españoles decian que la Orden contaba 1.500 jinetes. Así nos dirigimos en buen orden á Granada (1), apoderándonos de todos los castillos y pequeñas poblaciones de este reino, porque los moros temian oponerse á tan numerosas tropas, y confiaban en la multitud de combatientes que se habian reunido en la gran ciudad de Granada. Nos vimos, pues, en la necesidad de asaltar la mayor parte de las fortalezas y pueblos y dar muerte á todos los moros, y los asistentes y demas servidores tenian tambien orden de pasar á cuchillo á las mujeres y á los niños, como lo hicieron. Proseguimos, por tanto, hácia

(1) Parece que esta entrada de los castellanos en el Reino de Granada, fué lá que tuvo lugar en la primavera de 1457.

la ciudad de Granada, y nos preparamos para la pelea, pues sospechábamos que los moros, contando con tantos soldados, nos saldrían al encuentro, como efectivamente sucedió. No nos dejaron acercarnos á la ciudad, sino que nos buscaron con numerosos soldados, aunque sin obtener ventajas, porque nosotros teníamos pertrechos de guerra superiores á los suyos. Se ordenó á los capitanes y guerreros experimentados del Rey, que conocían su manera de pelear, que mandasen las huestes cristianas. A nosotros dos, aunque extranjeros, nos dispensaron el honor de agregarnos á ellos. Tuvimos serios combates por espacio de dos días, hasta que derrotamos sus tropas, pereciendo 30.000 de sus 50.000 hombres (1).

Cuando regresamos á donde estaba el grueso de las tropas, se nos mandó, por honrarnos, que militáramos más cerca de la bandera del Rey. Los moros acamparon en una posición ventajosa, entre Granada y nosotros, de tal suerte que no fué posible acometerlos. Así estuvimos algunos días inmediatos unos á otros, y á todas horas se trababan escaramuzas que costaban la vida á mucha gente de ambos bandos. Recorrimos, pues, el reino de Granada, llevando á sangre y fuego cuanto encontrá-

(1) La exageración de estas cifras es enorme.

bamos, sin excepcion alguna, y asolándolo todo, permaneciendo en este país un mes y algunos dias. Mi compañero y yo hicimos lo que pudimos, especialmente delante de una pequeña ciudad, en donde se habian fortificado fuerzas numerosas; la guerra se hacía con gran vigor, y el pueblo contra quien se combatia era muy esforzado, y aunque la tomamos al fin por asalto, perdimos tambien buenos soldados (1). Yo fuí muy mal herido en una pierna por un dardo, y aunque me curé bien entónces, se me abrió de nuevo la herida, despues que volví á Suabia, y hasta mi vejez tuve una fístula en la pierna.

Posteriormente á estos sucesos permanecimos, á nuestra vuelta, dos meses en España, en la córte del Rey. Honráronnos mucho con banquetes, bailes, cacerías, carreras de caballos y otras diversiones. A los dos meses nos despedimos del Rey para visitar de nuevo al de Portugal, y nos favoreció y distinguió sobremanera. El Rey nos concedió el distintivo de sus órdenes, á saber: de la Española, que es una banda ancha y linda, con placas superpuestas como escamas de pescado, y la otra la banda de Castilla, con una túnica escarlata y una banda dorada de dos dedos de anchura,

(1) Es probable que la ciudad de que aquí se habla sea la villa de Gimena tomada por los castellanos en 1547.

que pasaba por debajo del brazo izquierdo y bajaba oblicuamente por delante hasta el extremo de la túnica del lado derecho, y desde aquí subiendo por detras, llegaba hasta debajo del mismo brazo izquierdo. La Orden tercera es la de Granada: que es una granada sobre un globo, con un cabo ó pedículo y algunas hojas. Nos dió ademas 300 ducados y un hermoso caballo á cada uno. Así nos separamos honrados, alabados y con provecho de este cristiano rey Enrique, en el año del nacimiento de Nuestro Señor, 1457.

Item, volvimos á Portugal.

Item, suscitóse despues guerra en Alemania.

Item, el Rey nos dió licencia para marcharnos, regalándonos una tela bordada de oro, de valor de 200 ducados. Item, una pieza de terciopelo carmesí y cien varas de tela negra. Ademas un corcel portugues á cada uno y 300 ducados. Nos encargó muy encarecidamente que volviésemos á visitarlo.

Item, atravesamos por Portugal y por España, y cuando llegamos á una gran ciudad llamada Zaragoza, vendimos la tela bordada de oro y todo el terciopelo que no necesitábamos para nosotros, y ganamos 500 ducados.

Item, continuamos por España y Francia, y al paso vendimos algunos de los caballos

más pesados, porque el camino era largo y penoso. Nos embarcamos en Francia y pasamos á visitar al Rey de Inglaterra. El Rey nos concedió la entrada en todas sus Ordenes de caballería. Mi compañero se separó de mí y yo me encaminé á Escocia. El Rey era hermano de la esposa de mi señor, y me recibió bien y me trató espléndidamente. La Reina era Duquesa de Sellern y natural de los Países Bajos.

Item, el Rey me regaló dos tiendas y una pieza de terciopelo negro, y ademas diez ducados para cada uno de mis cuatro servidores.

Item, la Reina me envió un lindo traje que valia 30 ducados, y un caballo de guerra, que valia más de cien monedas de oro, y me obsequiaron mucho con cacerías, bailes y banquetes.



VIAJE DEL NOBLE BOEMIO
LEON DE ROSMITAL DE BLATNA,
POR ESPAÑA Y PORTUGAL,

hecho del año 1465 á 1467.

Traduccion del latin

POR ANTONIO MARÍA FABIÉ.

VIAJE DEL NOBLE DOMINIO

LEON DE ROSMITA DE BLAINA

POR ESPAÑA Y PORTUGAL

POR MARTÍN MARRA FABRIZ



BAYONA dista tres millas de San Juan de Luz, pueblo situado á la orilla del mar, cuyas casas están techadas con tejas, y cerca hay unos montes que tuvimos que atravesar. A una milla de este pueblo, y en el camino de Compostela, hay una ciudad puesta en una eminencia junto al mar, por la que pasa un rio que sirve de límite á cuatro regiones, á saber: Francia, España, Navarra y Gascuña; este rio se llama el Bidasoa, y la ciudad Fuenterrabía.

San Juan de Luz dista cinco millas de Hernani; esta ciudad está entre montañas y pasa por ella el rio Uronico (1); en los montes que la rodean hay tanta abundancia de manzanos que no he visto cosa igual en ninguna otra parte; los siembran como entre nosotros se siembra el cáñamo (2); un solo vecino ó la-

(1) Rio Uronico.—El Urumea, que desemboca al Este de la ciudad de San Sebastian.

(2) Véase sobre este punto la observacion de Navajero que es casi idéntica.

brador es dueño de millares de ellos: la causa de sembrar tantos manzanos es que, no teniendo vino y no conociendo la cerveza, hacen con las manzanas una bebida fermentada (1). Esta region, cercada de montes altísimos, se llama Vizcaya (2); aquí vimos por primera vez las mujeres y las mozas con las cabezas rapadas, salvo algunos mechones que se dejan de cabello largo, y su vestido es tan extraño que no le hay semejante en ninguna de las regiones que visitamos (3).

El camino de Hernani á Toloseta son tres millas; esta última ciudad está en la falda de unos montes y por ella pasa el rio Orio, muy abundante en truchas y que tiene dos puentes de piedra: de Toloseta á Virealium hay cuatro millas; este pueblo está rodeado de altas montañas. De Virealium (4) á Duna-

(1) Esta bebida es el zumo fermentado de las manzanas llamado *sidra*, sucedáneo del vino en las Provincias Vascongadas y en Astúrias.

(2) Bajo el nombre de Vizcaya se comprende aquí todo el país vascongado.

(3) Sobre el traje antiguo de los vascongados véase la obra del Licenciado Andrés Poza «De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de España», págs. 229 á 234.

(4) Virealium es probablemente Vergara, villa famosa por su Seminario y por el convenio celebrado en 1839, que puso fin á la guerra de los siete años.

co (1) hay cuatro millas y media; Dunaco es una aldea que está entre los montes en un valle pantanoso y dista cinco millas de Divaium (2), ciudad no muy grande, pero bien poblada, situada entre montañas y por la cual pasa un río llamado Belbada (3), sobre el cual hay un puente de piedra; de los montes se saca hierro y hay algunos pagos de viña junto á esta ciudad, que dista del mar una milla: á otra más allá de Divaium empieza una region llamada Balmaseda.

De Divaium á Balmaseda hay cinco millas; éste es un pueblo murado, aunque pequeño y pasa junto á él un río llamado Cadecum (4): en un espacio de cinco millas vadeamos diez y siete veces este río, en el cual nos ocurrió un caso notable; hay sobre este río un puente de madera no muy largo y en uno de sus extremos una torre de bella arquitectura, en la que residen los que cobran el pontazgo á los caminantes; cuando llegamos al puente, como no habíamos pagado esta especie de tributo en ninguna parte, nos negamos á hacerlo, y los

(1) Dunacum..... ¿Durango?

(2) Divaium. Casi seguramente es Bilbao, y por lo que se ve, ya existia entónces el puente de San Anton.

(3) Belbada es sin duda el Nervion, que entónces tendría el nombre que hoy tiene el pueblo.

(4) Cadecum, el Cadagua.

caballos que llevaban nuestros bagajes fueron tomados por los publicanos y demas gente que habia en la torre, que nos quiso matar; para repeler el ataque apuntamos contra ellos nuestras escopetas (1); pero el Señor (2) prohibió que se disparáran y que se tiráran flechas; porque, si heríamos á alguno de aquellos, nos matarian á todos, lo cual confesó despues uno de ellos, diciendo que habian concertado, que si uno solo recibia una herida, todos moriríamos y aplicarian lo que llevábamós en nuestros cofres y alforjas para pago del pontazgo. Satisfecho este tributo nos volvieron los caballos y recibimos las cartas preinsertas para que, si nos acontecia otra cosa semejante, estuviéramos con su proteccion más seguros (3).

(1) Schlopetum: arma portátil de donde viene el nombre de las de fuego que ahora se usan. (Véase esta palabra en el *Glosar.* de Ducange.)

(2) Así llama siempre el cronista á Rosmital. El sitio donde debió ocurrir este lance sería cerca de la torre vieja de la Jara: forma allí el rio un recodo dominado por un cerro, en el que estaba la torre hasta principios del siglo, hoy convertida en casa de labranza; se ven allí las ruinas de un puente que sustituiria al de madera de que habla el cronista.

(3) No es fácil determinar á cuál de las cartas de reyes y príncipes que anteceden á este pasaje se referirá el cronista, pero debe advertirse que ya entraban en territorio del Rey de Castilla, y D. Enrique IV, á la sazón reinante, no le dió carta hasta que llegaron los caminantes ó peregrinos á la villa de Olmedo.

Balmaseda dista de Villasana (1) tres leguas; es éste un lugar murado en que habitan juntos y en paz judíos y cristianos; éstos comen los sábados las entrañas ó asaduras de los animales y se abstienen de otras carnes; y preguntándoles nosotros la causa de esto, nos respondieron que aquello no era carne, aunque estaba en ella. En este lugar murió el caballo en que el Señor tenía más confianza, porque le había criado y tenido mucho tiempo; el pueblo está entre unos montes, por los cuales seguimos nuestro camino, y en ellos murió otro caballo; en estos lugares encontramos por vez primera cristianos que comían carne los sábados (2), y en este camino montuoso empleamos trece días.

Villasana dista cinco millas de Medina de Pomar, ciudad que está á la falda de los montes y que parece que está sujeta á un Conde; pasa junto á ella un rio llamado Rivo, y se ve cerca un hermoso monasterio (3). A dos mi-

(1) Villasana, el texto dice *Vilsanum*, es hoy cabeza del Valle de Mena.

(2) El Papa había concedido bulas para esto, como más tarde concedió el indulto cuadregesimal.

(3) Medina de Pomar pertenecía al Señorío de la Casa de Velasco, que fueron Condes de Haro, los cuales tenían allí un magnífico palacio, hoy arruinado, y fundaron en ella el convento de monjas de Santa Clara, de que aquí se habla, convento muy hermoso y elegante; en el coro estan sepultados en bellos y

llas hay un lugar del mismo Conde, en el cual se hace sal de este modo: el agua se recoge en piscinas ó lagunas, donde se deja algun tiempo para que se cuaje y endurezca, y esta sal se pone como piedras (1). De Medina de Pomar hay siete millas á Ezerneum (2); pasado este pueblo entramos en unos montes donde no crecen más árboles que bojés, y anduvimos por ellos tres días, sintiendo todos nosotros fuertes dolores de cabeza por el olor penetrante que estos árboles, humedecidos y calentados entónces por la lluvia, exhalaban, aspirando por lo tanto nosotros estas emanaciones nocivas. En estos montes hay gran abundancia de unos arbustos que llaman romero, y en estos lugares hacen lumbre con el boj y con el romero. Cernego dista de Búrgos siete millas, y dos ántes de llegar á esta ciudad acaba la Vizcaya y empieza España (3).

suntuosos sepulcros los fundadores padres del Conde de Haro que fué Condestable de Castilla.

(1) El pueblo se llama hoy Salinas de Rosa.

(2) Llámase Cernégula y vulgarmente *Cernaula*: está al pié de la meseta ó páramo de Villalta y sobre el camino de Burgos á Castro Urdiales, construido en 1828; entre la gente vulgar se le llama el lugar de las Brujas, por ciertas consejas en que ellas figuran, y el boj abunda en aquellos montes, aunque no produce su olor los efectos de que habla el cronista.

(3) Aquí hay error evidente, pues nunca han llegado los límites de Vizcaya hasta donde se indica.

Búrgos es una ciudad coronada por un castillo, situada en España, bella y extensa y la última de este reino; todo se vende allí al peso; tiene un hermosísimo templo cuyo retablo está tan bellamente pintado y cincelado, que deja muy atras cuantos yo he visto; hay tambien una estatua de la Vírgen toda de plata dorada, que pesa trescientos marcos, y la hechura vale otro tanto. En este templo se muestran y se guardan muchas reliquias, y tiene dos elegantes torres construidas con piedras talladas, y se edificaba otra tercera cuando nosotros estuvimos: tienen una horca en la ciudad y otra fuera de ella, en un sitio elevado.

A una milla de Búrgos hay un monte que tienen que pasar los que van á la ciudad, y es muy dañoso ir por él cuando hace sol, porque está lleno de unas guijas relucientes que reflejan el sol como espejos, lo cual hace mucho mal en los ojos (1). La ciudad está en la falda de un monte y la riegan dos rios (2) que no tienen nombre, pero el que pasa junto á Búrgos se llama el Arlanzon y hay en él dos puentes de piedra.

Fuera de la ciudad se ve un nuevo y ele-

(1) Sin duda estas piedras brillantes deben ser yeso especular, llamado espejuelo ó espejo de burro.

(2) Dos esguevas como las de Valladolid.